

G. W. LEIBNIZ

The Art of Controversies

Marcelo DASCAL (ed) y la colaboración de RACIONERO, Q y CARDOSO, A.

Serie: *The New Synthese Historical Library*, vol. 60, LXXII + 520 pags.

Springer, Berlin, Heidelberg, New York, 2006.

Tres siglos después de la muerte de Leibniz (1646-1716) y equipados ya con una abrumadora masa historiográfica de ediciones, estudios, comentarios e interpretaciones de su obra, ha resultado, al fin, que este libro era necesario. Como es bien sabido, Leibniz sentó los primeros cimientos de la lógica moderna, fue un intuitivo y a la vez riguroso matemático que ensanchó con su *Scientia Infiniti* los estrechos horizontes del análisis cartesiano, concibió un fascinante sistema físico-metafísico de la estructura orgánica de la naturaleza, trató de someter al orden de proposiciones formales la vieja y dispersa historia de la jurisprudencia, invirtió ingentes esfuerzos en el diálogo irénico teológico-político entre las Confesiones en conflicto, construyó artefactos y máquinas de calcular, intuyó sagazmente el futuro prometedor del sistema binario de computación y, sobre todo y abarcándolo todo, soñó desde niño hasta su muerte en una *Característica Universal* como instrumento de una *Ciencia General* que, en Diccionarios y Elencos, a través de Academias y con el apoyo de los Príncipes, recogiera lo teórico y lo práctico, desde los más sofisticados inventos hasta el lenguaje cotidiano de los artesanos, todo lo que los humanos y sus pueblos, de cualquier raza, tiempo o religión, habían pensado acerca de las cosas, porque, pensaba él, es la Tradición, ‘lo Traditum’, el fermento de lo nuevo, aquello que contiene de perenne lo que en el regate corto nos parece actual. De todas estas cosas, y de otras obsesiones leibnizianas, está llena la historiografía sobre Leibniz. ¿Por qué, entonces, este libro titulado “El Arte de las Controversias” era necesario? Por varios motivos convergentes que paso brevemente a reseñar glosando el ‘Ensayo Introductorio’ que el Prof. Dascal ha puesto a su selección de textos.

En primer lugar, el arte de las controversias era, para Leibniz, precisamente la *praxis* metodológica, dialéctica y epistémica de aquella *Philosophia Perennis* a la que me acabo de referir. Leibniz ---dice el Prof. Dascal--- nunca escribió un tratado sistemático que pudiera llevar el nombre de ‘Teoría de las Controversias’. Ciertamente, Leibniz nunca escribió ---nunca pudo escribir--- un tratado sistemático de nada, pues el universo era, para él, un *fieri infinito* que no es un *todo*; justamente esta radical apertura ontológica del ser, que funda la irrepitibilidad de cada substancia individual, de cada sujeto del mundo, sostiene la metodología de todo el quehacer intelectual de Leibniz, desde la incapacidad de la “*caeca necessitas mathematica*” para describir exhaustivamente la individuación incluso de una hoja del árbol, hasta la necesidad de “pesar” como en la balanza los disensos y armonías ---siempre provisionales--- de todas las opiniones en los conflictos humanos. Quiero decir: cualquiera que sea la estratigrafía que hagamos de los instrumentos argumentativos de Leibniz, ninguno de ellos es ajeno a su visión del mundo: ésta no es mecanicista, sino holística. Desde esta perspectiva, el arte de las controversias, en su continuo hacerse y deshacerse, en su siempre inacabado anhelo de exactitud, es ---en el sentido más leibniziano del término--- la *expresión pragmática* de la infinitud inabarcable de la substancia. Si lo he entendido bien, éste es el primer mérito ---y la novedad--- de esta colección de textos. Poseemos muchas selecciones de textos leibnizianos, desde Des Maizeaux a Foucher de Careil, Couturat, Grua, Gerhardt, etc, y todos ellos, naturalmente, con su particular y legítimo criterio; estamos incluso en camino de poseer la ‘integral’ de los infinitos escritos del filósofo. Pero, que yo sepa, no teníamos hasta ahora un instrumento que colocara programáticamente el arte de las controversias en el centro epistemológico del leibnizianismo.

Dascal va exponiendo en los diversos párrafos de su Introducción General las estrategias de Leibniz: su peculiar sentido de la tolerancia como preámbulo para el debate racional (paragr. 2); la lógica de la ‘disputatio’ y el ‘peso’ de las razones, la ‘praesumptio’, la ‘interpretatio’ (paragr. 3); la exclusión de la ‘auctoritas’, de la ‘accommodatio’, de la ‘condescendentia’; el control de la interpretación, la balanza de las razones, el juez de las controversias, hacia un posible consenso más allá de la tolerancia (paragr. 4 y 5). En el párrafo 6 (“Significance”) sintetiza Dascal la estrategia epistemológica de Leibniz. Dicho aquí en dos palabras: frente a la actitud ‘fundamentalista’ y ‘externalista’ de Locke (la *tabula rasa*) o de Descartes (la *duda*) y frente al experimentalismo de Newton, vulnerables las tres ante el escepticismo, Leibniz asume el proceso histórico de las posiciones diversas como elemento ‘interno’ y constitutivo del avance mismo del conocimiento; de manera que en la mayor parte de nuestros debates –dice Leibniz-- “podemos y debemos contentarnos con suposiciones y conjeturas, cuyo valor cognoscitivo aún no nos consta, a fin de poder avanzar liberándolas de arbitrariedades o confusiones”. El arte de las controversias es el arte de saber caminar en la incertidumbre; y al mismo tiempo es el arte de construir colectivamente el progreso: incertidumbre y diálogo, negociación y pulso, discrepancia y consenso son elementos constitutivos de la construcción del conocimiento y, por eso, las controversias son esenciales al *modus operandi* de Leibniz, esto es, a su *método*.

Pero, entonces, ¿qué decir del ‘formalismo’ matemático, de aquella ‘forma lógica’, de aquel ‘calculemus’ que tanto gustaba a Leibniz, de aquella ‘racionalidad axiomática’ a la que desde niño había aspirado a fin de hacer de nuestros conocimientos una ‘ciencia estricta’? ¿Acaso las controversias, que casi siempre fluctúan entre lo incierto y el frágil consenso, o entre el argumento y las pasiones, no son sino una propedéutica hacia la razón, pero no son “la” razón? ¿Quizás son “otra” razón? ¿O más bien deberíamos ensanchar la noción misma de ‘formalismo’ y de ‘razón’ para incluir en ella una infinidad de otros procedimientos, de ‘pesas’ y ‘medidas’, de aproximaciones, de tanteos, de cesiones y compensaciones? ¿A ver si, al final, Leibniz va a ser un ‘pragmático’, el jurista que nunca dejó de serlo, y que comprendió, por una parte, que el formalismo apodíctico es sólo *ideal*, como la tangencia de la asíntota, y por otra, que las controversias, esto es, lo *real*, las asíntotas mismas, no se igualan a cero sino que indefinidamente se acercan a la tangencia en un *mismo* cálculo? ¿La ‘fortior ratio’ y la ‘blandior ratio’ serían quizás una misma ‘ratio’?.

Este es un segundo motivo para saludar la novedad de este libro. Se trata de una propuesta que Dascal viene defendiendo con pasión en los últimos años (véase VII Intern. Leibniz-Kongress, Berlín 2001, Vorträge I 276-280; su extensa recensión del Vol. VI 4 de la Akademie-Ausgabe, en *Leibniz Review* 13, 2003, p. 105-154, y la subsiguiente polémica con el Prof. Schepers, editor del Vol. VI 4, en *Leibniz Review* 14, 2004, p. 117-135; así mismo U. Goldenbaum y Ph. Beeley en *Studia Leibnitiana* 36, 2004, p. 2-21, 22-41 respectivamente; el Simposio celebrado en Jerusalem-Tel Aviv en el verano de 2005 sobre “El racionalismo de Leibniz”). En su Introducción a las controversias formula así Dascal su propuesta: “Desde el punto de vista de la función que cumple el arte de las controversias en la metodología de Leibniz, es posible alcanzar una mejor comprensión de su concepto de racionalidad. Para él, la racionalidad no es monológica, sino dialógica; no se limita a los métodos algorítmicos, sino que comprende también una variedad de procedimientos heurísticos; va más allá del dominio de lo necesario, que pertenece a todos los mundos posibles, para incorporarse y situarse en el mundo actual. En una palabra, es una racionalidad que ---por usar una expresión del propio Leibniz (cap. 15)--- podríamos llamar “softer” (“blandior”), una racionalidad que contiene más que la simple racionalidad calculativa-demostrativa” (Véase también: introducción al cap. 12; al cap. 14 y notas *a*, *b*; al cap. 15, texto y notas *e*, *f*, *g*; al cap. 28; al cap. 37, textos y notas *ii*, *II*; al cap. 38; al cap. 41, textos; al cap. 43, texto y nota *I*, etc).

Más allá de los problemas epistemológicos que contiene y de las inesperadas sugerencias que abre la ‘blandior ratio’ ---entre otras, la noción misma de ‘verdad pragmática’, tan actual, en el pensamiento de Leibniz---, digamos dos palabras sobre los textos seleccionados y criterios de selección. Como era de esperar y es legítimo siempre y cuando no sea exclusivo, el primer *parti pris* de todo el volumen es el convencimiento de que “la imagen de la racionalidad leibniziana, fundada exclusivamente en la lógica deductiva, tal como generalmente se viene haciendo, limita severamente el objetivo y la naturaleza de lo que el filósofo entendía por racionalidad. Nosotros creemos ---añade Dascal--- que, además y a todo lo largo de la lógica estricta y deductiva, Leibniz elaboró también una gran variedad de instrumentos a fin de apresar otros aspectos de racionalidad, tanto prácticos como teóricos, que completan el cuadro y hacen igualmente razonables otras situaciones donde nuestras elecciones no pueden derivarse de la sola consideración lógica” (paragr. 7). Afortunadamente, Leibniz es tan generoso, tiene una mirada tan ancha y múltiple, es tan proteico, que es difícil abusar de él (Dascal cita, a este respecto, el cap. 21B: “Fundamentos y Ejemplos de una nueva Ciencia General”, y ha recogido honestamente en su elenco numerosos textos “que nos llevan a una mejor comprensión del contraste y complementariedad de ambas visiones de racionalidad”).

De acuerdo con estas premisas, el primer criterio de selección ha sido dar preferencia a aquellos textos que nos pueden ayudar a ‘reconstruirle’ a Leibniz, con sus propias palabras, los fundamentos ‘teóricos’ de lo que él llamaba “arte de las controversias”: sus principios, sus objetivos, estrategias, tácticas, motivaciones, etc. De esta manera, se han excluido aquellos otros en los que Leibniz ‘practicaba’ su arte sin hacer referencia explícita a sus estrategias.

En segundo lugar, se han seleccionado textos menos conocidos por el público en general. Desde la edición de Couturat (1903) se ha producido una especie de abuso terminológico calificando de “lógicos” (en el sentido restrictivo que el compilador les daba) a muchos textos más anchos pertenecientes al “arte de las controversias”. Nuestro editor ha renunciado, así, a la mayor parte de los textos allí contenidos, por ser bien conocidos (salvo en los caps. 5, 15, 20, 22, 29: véase, sobre todo, el cap. 15: “The Encyclopedia and the Method of Discovery”) y, en todo caso, los ha dado según la transcripción definitiva de la Akademie-Ausgabe, siempre que ha sido posible. “Se ha tratado ---insiste Dascal--- de proporcionar una selección representativa de aquellos textos que forman el bloque ‘no lógico’ del “arte de las controversias” de Leibniz”.

En tercer lugar, han quedado fuera de la selección las grandes obras conocidas de Leibniz, que son de fácil acceso, aunque contienen sin duda elementos interesantes sobre las controversias; tales, por ejemplo, como los *Nuevos Ensayos*, la *Teodicea* o algunas de las más fuertes correspondencias (Arnauld, De Volder, etc); se han recogido, en cambio, fragmentos de otras correspondencias menos conocidas pero particularmente adecuadas para el objetivo del libro (por ejemplo, cap. 31: con los Jungianos Placcius y Vaquetius; cap. 33: con Pellison; cap. 36: con Johannes Werlhof; cap. 37: con Th. Burnett de Kemney; cap. 38: con Gabriel Wagner; 42: con Koch; 43: con Bourguet; 44: con Remond, etc), un exquisito diálogo sobre el escepticismo frente a la razón teológica (cap. 18; véase también cap. 41 con Bayle), así como un magnífico florilegio de variadísimos opúsculos maravillosos (cap. 2 y 8: el juez de las controversias; cap. 11: sobre la interpretación y la argumentación; cap. 12: el arte de la invención; cap. 16: sobre la persuasión; cap. 17: el ‘lugar del otro’; cap. 35: Leibniz hace de ‘Doctor Catholicus’, etc, por citar sólo unos pocos) con una excelente traducción inglesa. Finalmente, ha de tenerse en cuenta que, aunque muchos de los textos versan sobre la reunión de las Iglesias, este es sólo el contexto en el que Leibniz muestra su inmensa paleta de estrategias lógicas, retóricas y dialécticas, que es el objetivo del libro.

El orden y secuencia de los capítulos es, en general, cronológico, en la medida en que es posible en Leibniz seguir una línea evolutiva que, como es sabido, no siempre lo es. Cada

capítulo contiene un texto, salvo en algunos casos en los que, por la común particular temática o por su origen, han sido agrupados (por ejemplo, cap. 9, 12, 16, 31).

Un apartado especial de este breve comentario merecen las numerosas y, a pesar de todo, ajustadas y ascéticas notas que acompañan a los textos. Cada capítulo se inicia con una breve introducción contextualizadora del origen, circunstancias, composición y síntesis de los textos que contiene. Estos, a su vez, van jalonados con dos series de notas; unas numéricas a pie de página: definición de términos y aclaraciones textuales; otras alfabéticas al final del capítulo: histórico-bibliográficas y comentarios del editor. El lector tiene así en sus manos un instrumento formidable, novedoso, comprometido y polémico en su objetivo y diseño, que le permitirá participar en la actual controversia sobre el racionalismo de Leibniz y, más allá de ésta, adentrarse en aquella prodigiosa fecundidad de uno de los seres humanos más clarividentes que ha dado nuestra cultura.

Bernardino ORIO DE MIGUEL